

ciones y una sirte más en aquel cúmulo de sirtes innumerables. Los pueblos del Nordeste, colocados por su posición geográfica y por su posición política entre las amenazas de una guerra declarada por grande Asamblea y las amenazas de una invasión decidida por los reyes, celaban el movimiento de las tropas con las angustias de quien mira comprometidos en tales movimientos, honor, hogar, vida, familia, fortuna. De consiguiente, las idas y venidas de unos, las consignas de otros, la aparición y desaparición de destacamentos, la vista de grupos militares en poblaciones pequeñas, daban á todas las evoluciones inexplicables el aspecto de un misterio, cuanto más desconocido más propio para sobreexcitar los ánimos en crisis, donde reinaba la sobreexcitación universal. Bouillé, gran conocedor del Este, lo había hecho presente así á la real familia, observando como el movimiento de tropas equivalía casi á una delación imprudentísima; pero el embajador de Austria, llevando á punibles extremos sus cuidados por María Antonieta, dijo que tenía órdenes terminantes para oponerse á su salida, si no le aseguraban que saldría con fuerte y segura custodia. Si el movimiento de las tropas encerraba peligrosas revelaciones, ¿qué decir y qué pensar de los preparativos palaciegos? La imprudencia no tuvo límites, y el instinto de perdición, que sobrecoge á las dinastías moribundas, se sobrepone con esa fuerza incontrastable á la cual llamamos fatalidad ó destino. La reina dirigió por sí misma los trajes extraños que debían disfrazarla y disfrazar á su familia, sin caer en la cuenta de que la revolución tenía sus partidarios, como en el clero y en el ejército, en la nobleza y en la corte. Además de dirigir los trajes, encargó á Bruselas todos los útiles necesarios á larguísimo viaje, cuando de tal viaje trataban los ministros en voz baja, los clubs en voz alta, la prensa en sus artículos, el espíritu público en sus precauciones y la diplomacia en sus tramas.

Tales imprudencias debían dar los resultados precisos. Primeramente el rumor público crecía y la vigilancia de las autoridades revolucionarias redoblaba. El ídolo del pueblo, Lafayette, era el fiador de la seguridad del Monarca. Y la muchedumbre recelosa le circuía, le conminaba, diciéndole de todas suertes y anunciándole con mil varios anuncios, la conjuración palaciega. Crecieron tanto estos pronósticos siniestros, que un día, el comandante de la Milicia Nacional se encaró con el jefe de la nación y le dijo á las claras lo que ocultamente se decían todos los ciudadanos unos á otros al oído. En aquella hora, el Rey acababa de redactar el mensaje, dando cuenta á la Asamblea de su fuga, mensaje dejado á uno de sus más fieles servidores, sin pensar que con él también le dejaba una sentencia de muerte. Presentábase pues, Lafayette al Monarca en el instante mismo en que éste había recrudecido todos los dolores y enconado todas sus llagas, clavando en su interior el puñal de los recuerdos. Y en tal coyuntura, cuando más rencor debía tener su ánimo, con gran disimulo mostrábase poseído el Rey de una serenidad y de una benevolencia bastantes á adormecer las más despiertas sospechas. Y en su Memorándum recordaba que sufriera los úl-

tajes sin quejarse y las calumnias sin resentirse; la irrupción del pueblo en sus salones sin temblar; la mengua de sus derechos por la Asamblea sin resistir; el palacio convertido en prisión, los domésticos en carceleros, el Código fundamental en una serie de concesiones aparatosas á su poder honorario y otra serie de negativas reales á su poder público; las violencias hechas á sus sentimientos religiosos vejados y oprimidos hasta el punto de no permitirle comunicar con los sacerdotes de su culto; la imposición de una anarquía que lo declaraba jefe irresponsable del Estado para que luego respondiera de todo; quejas, en las cuales, si había una parte fundada y legítima por los muchos agravios que innecesariamente le infirieran, había otra parte, y muy principal ciertamente, en que se exhalaba á gritos el reconcentrado furor contra los nuevos derechos y las nuevas libertades. Y en este punto, cuando la exaltación contra la Asamblea guiara su idea y su pluma, recibe á Lafayette con paternal sonrisa, le tiende la mano con efusiva amistad, le miente con los labios una gran confianza, y eleva hasta los extremos de lo increíble la simulación y la perfidia. Pero no pudo engañar á una de esas parisienses avisadas, listas, ingeniosas, con ojos de línea, con oído de cierva, que al ver tanta maleta abierta, tanto traje recién hecho, tantos útiles de viaje aglomerados, comprendió toda la trampa y la denunció al alcalde de París, al íntegro Bailly, el cual no quiso creerlo por un sentimiento de amor al monarca y de culto á la monarquía.

Las imprudencias de la Reina crecían á más andar y tramaban las complicaciones gravísimas, de las cuales debía surgir la ruina de todos, y para todos el patíbulo. En vez de aparejar un coche modesto, que llamase poco la general atención, aparejó una inmensa berlina, pintada de colores fuertes, compuesta con mil artificios extraños, llamativa y esplendente, para que nadie pudiera equivocarse acerca de su papel en una empresa extraordinaria, y de sus excepcionales destinos. Por si algo faltaba, vistió con trajes relucientes á picadores, á jinetes, á lacayos, como para que fuesen proclamando por caminos y por encrucijadas la soberana gente á quien acompañaban y el terrible ministerio que tenían á su cargo, dejando tras sí la más terrible anarquía y produciendo en su carrera la invasión y las extrañas irrupciones, cuyo paso por un pueblo deja rastros indelebles en el suelo y manchas indelebles en la Historia. Luego hizo venir, nada menos que de Suecia, al célebre conde de Jersen, compañero de sus mocedades, gentilhombre de nacimiento, caballeresco y aventurero, enamorado con amor platónico de la Reina y resuelto á obedecerla en sus caprichos, cuando en realidad necesitaba el ciego advertirla. Además hizo venir para el arreglo y distribución de las tropas, al duque de Choiseul, familia devotísima del Austria, y que joven y hermoso y romántico entraba en aquella empresa política, cual pudiera entrar en aventura de juego y de amor, gozándose con las recepciones y con las fiestas, con que agasajaría noblemente á los fugitivos allá en sus tierras y en sus castillos de Lorena. Además, en vez de confiar los príncipes á manos resueltas, á hombres de corazón y de

energía, que los escudaran con su propia vida y que murieran en su defensa, confióslos á la camarera mayor, porque en aquellas angustias de la hora suprema y del peligro inminente invocaba el culto á la etiqueta. ¡Desdichadísima Reina! Cuando gozaba el trono sin amenazas próximas, encerrada en los limbos de incierto porvenir la columna de fuego que debía llamarse más tarde Revolución francesa, gozábese con las fiestas campestres, que revelan la igualdad natural de los hombres; gozábese con representar las comedias revolucionarias que derretían sobre sus sienes la corona de cien Reyes; gozábese con transformar los señores en ciudadanos, ciego instrumento de un poder más alto que su trono; y ahora, en estas circunstancias solemnes, calumniada, perseguida, presa, consistiendo su salvación suprema y la salvación de su familia en olvidarse de su rango y reducirse á la igualdad modesta y natural de todos los ciudadanos, empeñábase en mostrar, sin cuidarse de tan deshecha tormenta, los timbres de oro y las coronas de diamantes, que tenían la virtud de atraer sobre su cabeza coronada, los estallidos del rayo revolucionario, el cual, como la chispa eléctrica despedida por las tempestades del cielo, cae en las alturas y hiere las sublimes eminencias de la sociedad. Los infelices creían prepararlo todo para la fuga, y realmente lo preparaban todo para la perdición. Así parecían como los heroes de la tragedia antigua, víctimas de una fatalidad, que pesaba sobre ellos con abrumadora é inmensa pesadumbre.

Es la noche del 20 de Junio, la noche terrible de la insensata fuga. Uno de los más exaltados revolucionarios, de los más fieles al pueblo, de los más adictos á Lafayette, el subcomandante de la milicia, Gouvion, célebre por su candor en las páginas de una historia donde hay tantos personajes célebres por su perfidia, guardaba la puerta y veía entrar y salir los gentileshombres, mover y remover las pesadas maletas, empaquetar las joyas, sin caer en la cuenta de que todos aquellos trabajos eran preparativos de viaje, cuenta en la cual acaso hubiera caído el caballo que montaba, de entrar y salir en las Tullerías con su facilidad y su desembarazo. A mayor abundamiento, para distraer las largas veladas, para ocupar las inabarcables guardias, para divertir el ánimo de las zozobras patrióticas, ponía los ojos en cierta lista muchacha de escalera abajo, que sabía cuanto pasaba de escalera arriba, y que no se mordía la lengua ni se recataba gran cosa para referírselo con sus puntas y señales á todo el mundo, menos al bonachón de su sencillo amador. Nada tan fácil como presumir que había gato encerrado en los viajes de tantos gentileshombres, en las cartas cifradas y leídas al paño, en el encargo de monumental berlina, en el paseo dado por los condes de Jersen y de Choisseul dentro de tal berlina, y hasta en el misterioso encierro de esta berlina casa de una señora llamada madama Korff, la cual lleva consigo un ayuda de cámara ya maduro, tres ó cuatro institutrices y dos tiernos infantes, niña y niño, crecida aquella, éste de unos siete años, notables por la blancura de su piel y el oro de sus cabellos. A las once de la noche, el 20 de Junio, hay por los alrededores de las Tullerías tantos

coches de alquiler trayendo ó esperando gente, y hay por ende tantos cocheros departiendo sobre política y otros asuntos que nadie se fija en tales pequñeces, y los que se fijan, se distraen, riéndose de las novelas divulgadas con tanta boga en los corrillos por la universal maledicencia. Las delaciones menudeaban ya en términos que Gouvion mismo retuvo á varios jefes de la milicia nacional, los cuales fueron á visitarle; dobló las guardias con verdadera previsión, y pasó la noche en vela, decidido á que no se riesen de él en sus barbas. Á las once de la noche París estaba ya recogido y comenzando á dormir tranquilamente. Sólo se veía alguna que otra patrulla, y varios patriotas avisados por cartas anónimas, anunciándoles la conjuración cortesana, y que, en vista de estas cartas, celaban el palacio de las Tullerías. Un peluquero de la calle de Borbón fué á visitar á un panadero de la calle de Teatinos para comunicarle todo cuanto se tramaba. Y habiendo el panadero comprendido el peligro, tomó verdadera zozobra, y despertó á los vecinos de su casa, y en compañía de ellos dirigióse á casa de Lafayette. Entrar y decir sus temores, fué toda obra de un momento. Oírlos y reírse á su vez Lafayette fué también obra de otro momento igual. Oír á Lafayette y serenarse los alarmados, fué también de igual necesidad y de igual presteza. Volviéronse todos éstos, y para no ser detenidos, reclamaron el santo y seña de aquella noche, en cuya virtud pudieron llegar hasta las Tullerías y ver lo que en sus alrededores pasaba, la reunión vulgar de varios coches de alquiler entretenidos en sus vulgares ocupaciones. Los tenduchos cercanos se cierran, los tenderos ambulantes se van y los preocupados se cercioran de que no sucede cosa digna de atención tanta y de tanto cuidado. Lo cierto es que, tras tan repetidos recelos, la noche pasa como todas las demás noches, las gentes duermen su pesado sueño, y los conspiradores, parecidos en esto á los amantes, aprovechan el silencio y la soledad para sus peligrosas tentativas, que, si afortunadas, debían separarles de la nación, si desafortunadas del trono. La Reina y el Rey admitieron, al mediar la noche, todas las personas que tenían por costumbre verlos, y desearles un buen sueño en aquella hora crítica. Ninguno de sus criados fué despedido más pronto que de ordinario, y ninguna de las costumbres antiguas fué echada en saco roto. Absolutamente todo pasó como debía pasar; todo sucedió como debía suceder, sin ningún género de detención ni de tardanza. Quitáronse sus vestiduras reales, pusieronse sus disfraces de viaje; y cuando ya concluyeron todos estos necesarios preparativos, diéronse todos á huir por uno de esos secretos pasadizos, que en varias direcciones atraviesan los palacios. Por fin, la Monarquía se retira del lugar sagrado, que fuera como un sacrosanto tabernáculo por espacio de tantos y tantos años. Cuando Carlos I, el Rey que, después de haber abusado largamente de una autoridad limitada por las leyes inglesas, se encontró en guerra con su Parlamento y con su pueblo, presintiendo el horrible resultado de aquel su empeño y la salida única de las amenazadoras catástrofes, pensó huir, encontróse tal como nos lo pinta el pincel mágico de Vandyck, en este momento supremo, con el

mar, con algo inmenso, sublime, divino que lo detenía, como si el poder real fuese casi un elemento de la naturaleza; pero estos Reyes de Francia corren el peligro de verse detenidos por un miliciano, por un fiacre, por un cochero de alquiler, por un látigo, por el relincho de un caballo, por la corazonada de cualquier moza de retrete, por algo que á un tiempo mismo los pierda y los humille. Aquel obscuro pasadizo quizás conduce con seguridad al cadalso; pero ¡ay! que ni el cadalso mismo redime muchas veces de la humillación y de la vergüenza dejadas en nuestra vida por lo bajo y por lo ridículo. El Rey de Francia, que llevaba en su equipaje la vestimenta de grana y oro con que á sus marinos se presentara en Cherburgo, cuando pasó revista á las fortalezas y á las naves, iba tristemente ahora vestido de lacayo, como si por una ciega fatalidad, antes de destronarlo el pueblo, se destronara él por su propio albedrío á sí mismo en aquel horrible momento de su historia. Tristes, tristísimos accidentes todos estos de la larga agonía de una institución tan grande y antigua como la institución monárquica, quien, después de haber hecho y formado la patria en los bárbaros tiempos de conquista, la entrega y casi la vende al extranjero en estos tiempos de libertad y de derecho.

La puerta casi secreta, que se llama puerta de Villequier en las Tullerías, háse abierto al paso de los príncipes: ya no hay obstáculos ni centinela alguno que impida el paso á la plaza del Carrousel; ya no hay obstáculo ni centinela ninguno que impida el paso á la calle de la Escala, donde aguardan los coches de alquiler. Es de ver al Rey con su traje y su peluca de lacayo, quien, por su torpeza natural, pierde una hebilla de sus zapatos, y se baja el cuitado á recogerla en el momento en que de un segundo puede salir siniestramente á castigarle, en nombre de Francia irritada, la siniestra cuchilla del verdugo. Y el ayuda de cámara da el brazo á su doméstico, como él, especie de lacayo ó de correo, que se instala nuevamente á su lado en el coche de alquiler. Y, en este momento, para que la historia sea siempre dramática, dos linternas de un carruaje brillan fuertemente en medio de la obscuridad, y en su resplandor y en la rapidez del movimiento, nótese que pertenece á un personaje de pro aquel vehículo. Y en efecto; es nada menos que un coche bien nefasto á los fugitivos; el coche de su carcelero, el coche de Lafayette, que corre á todo correr, arrastrando al comandante de la Milicia nacional, á que inspeccione el palacio por fuera y se industrie de lo infundado de las sospechas populares y del sueño tranquilísimo en que duerme y reposa la real familia. Los incidentes dramáticos son tales, que la Reina toca con una especie de varilla, entonces al uso entre las elegantes, uno de los radios de aquellas ruedas, burlándose del chasco que va á dar á su guardador, precisamente llegado en el minuto mismo en que el Rey entraba dentro de su coche en la calle de la Escala, y ella salía desde el patio de los Príncipes á la plaza del Carrousel. Si Lafayette se vuelve tranquilo, después de haber visto á Gouvion y enterándose de que nada sucede, la Reina, cubierta con un sombrero á la bohemia, velada con espeso tul, apoyándose en el brazo de-

otro correo ó lacayo, y trayendo de la mano á su hija, en vez de tomar á la izquierda, donde era guardaba, toma á la derecha, se extravía en el dedalo de callejones que separan el palacio de Catalina de Médicis del palacio de Eurique II, es decir, las Tullerías del Louvre. Ni ella, ni la niña, ni el criado, que es un guardia de Corps, conocen á París, ni saben el sitio donde se hallan. Los Reyes, por regla general, como colocados allá arriba, en la cúspide del mundo social, ignoran las minuciosidades de la sociedad, apenas visible desde esas alturas, é ignoran también las poblaciones que habitan, difícilmente descubiertas y estudiadas en la celeridad de un coche y en la ceremonia de una continua procesión oficial. Así es que ninguno de los tres personajes extraviados nota que se han ido por la derecha, en vez de irse por la izquierda, que han atravesado el río y que se hallan en la calle del Bac, en vez de hallarse en la calle de la Escala. Y en estas, una hora se pierde, hora preciosísima del solsticio de verano, en que las noches son tan breves, y en que madrugadora é inoportuna el alba puede delatar bien fácilmente la real familia á sus alarmados y suspicaces súbditos. Por fin tiene la Reina que dirigirse á un viandante y preguntarle: con riesgo por cierto de su vida, con peligro de delatarse á sí misma, por dónde ha de ir á la calle de la Escala. Y vuelve á desandar el camino andado, y vuelve á atravesar el puente real; y vuelve á recorrer la plaza del Carrousel, hasta que llega desalada por el temor y al cansancio á la calle de la Escala. ¡Qué hora aquella para el Rey, disfrazado de lacayo, para el conde de Jersen, sobre todo, disfrazado de cochero de alquiler, y que está aguardando á una Reina! Sus cofrades de París pasan, le hablan, le dicen algunas de esas gracias connaturales á su oficio, le alargan la tabaquera para que tome un polvo; le convidan con un vaso de vino en la primera taberna; le preguntan si había feliz aventura que le procure una propina; le saludan en esa jerga que apenas puede comprender un caballero de Suecia, obligado á fingir más allá de lo posible ó entregar á la revolución su regia presa. Por fin, después de una hora, que debia parecer una eternidad al pobre cochero, pónense en movimiento los coches á las doce en punto. Pasan la calle de Grammont, atraviesan los grandes boulevares, recorren de extremo á extremo la Chaussée d'Antin, suben por la cuesta de la calle de Clichy, donde se paran para preguntar si el cochero del conde de Jersen ha ido en busca de la berlina de la baronesa de Korff; y ya de esto enterados, corren y corren hasta llegar á la barrera de San Martín, donde hallan el apetecido vehículo, que debe conducirlos á la frontera y granjearles su anhelada libertad. El simón, como decimos en Madrid, que condujo á la familia real desde la verja de palacio á la puerta de San Martín, ese simon, que cualquier coleccionador de objetos célebres hubiera comprado á precio de oro, queda solitario en aquel camino, abandonado al instinto de su caballo, el cual se precipita en un foso; y allí vuelca lo mismo que aquel viaje ha volcado también á la monarquía. Y desde la puerta de San Martín, donde se arrellanan seis viajeros en el interior de la berlina, tres vistosos correos en la zaga y el conde de Jer-

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. M.